

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Arthur Mervyn

el paseo|central, 36

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

CHARLES BROCKDEN BROWN

Arthur Mervyn

(o Memorias del año 1793)

Traducción y prólogo

Miguel Cisneros Perales

el paseo, 2024



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

Título original: *Arthur Mervyn (or Memoirs of the year 1793)* (1799)

© de la traducción y prólogo: Miguel Cisneros Perales, 2024

© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2024

www.elpaseoeditorial.com

1.ª edición: enero de 2024

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL

Cubiertas: Jesús Alés

Corrección: EL PASEO EDITORIAL

Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-39-7

DEPÓSITO LEGAL: SE-493-2024

CÓDIGO THEMA: FBC

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial
de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor.

Reservados todos los derechos.

Impreso en España

Contenido

Prólogo del traductor	IX
<i>Arthur Mervyn (o Memorias del año 1793)</i>	
Prefacio del autor	3
Volumen primero	5
Volumen segundo	197

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Prólogo

ARTHUR MERVYN (O MEMORIAS DEL AÑO 1793);
O DEL ORIGEN DE LA LITERATURA ESTADOUNIDENSE

Arthur Mervyn es un clásico, por pionero y por principios, de la literatura estadounidense, rescatado y traducido por primera vez al español. Para el lector de este idioma es, por tanto, un clásico desconocido y que merece una breve presentación.

En primer lugar, decimos que es un clásico por pionero, porque se publicó entre 1798 y 1800, apenas quince años desde el reconocimiento internacional, con el Tratado de París, de la independencia de Estados Unidos. La primera parte, serializada, apareció entre junio y agosto de 1798 y en su forma definitiva entre marzo y mayo de 1799; y la segunda parte, o secuela, como la define el autor, directamente como libro en 1800. Aunque Charles Brockden Brown, nacido en el seno de una familia cuáquera y de mercaderes, escribió muchas otras novelas, *Arthur Mervyn* es la más reconocida. La trama de la novela se desarrolla en Filadelfia, en 1793, es decir, la capital del recién nacido país conocido como Estados Unidos y quizá la ciudad más diversa y rica de Norteamérica en ese momento. Cronológica y temáticamente, como se verá a continuación, es una de las primeras novelas estadounidenses.

En segundo lugar, decimos que es un clásico de la literatura estadounidense por principios porque está a la altura de los grandes novelistas americanos posteriores. Sabemos que Brown leyó, se inspiró y hasta se carteo con los británicos William Godwin y Mary Wollstonecraft, Erasmus Darwin o Thomas Holcroft y que su obra fue leída con avidez por los Shelley, entre otros muchos. Muy pocos años después, Nathaniel Hawthorne equiparó a Brown con los británicos Fielding, Richardson y Scott. En «The Hall of Fantasy», el narrador recorre una enorme sala llena de nichos y pedestales

con «estatuas o bustos de hombres de todas las épocas que han sido autoridades o semidioses en los reinos de la imaginación y sus regiones afines», como Homero, Dante, Cervantes, Shakespeare, Milton, Bunyan... y Fielding, Richardson y Scott. Finalmente, en este monumento indestructible a «la auténtica genialidad», aparece un nicho dedicado «al autor de *Arthur Mervyn*», el único escritor estadounidense que menciona Hawthorne. Posteriormente muchos críticos han considerado a Charles Brockden Brown predecesor de otros grandes escritores estadounidenses como Edgar Allan Poe, Melville, James o Faulkner, ya fuera por los temas y perspectivas de su obra como por las complejas y modernas estructuras narrativas que despliega en novelas como la que nos ocupa.

Aunque editada en dos partes, *Arthur Mervyn. Memorias del año 1793* es realmente una sola novela en la que se cuenta la historia de Arthur Mervyn, un joven campesino que, tras la muerte de sus hermanos y su madre, abandona la casa paterna para buscar fortuna en la ciudad. Arthur Mervyn, cándido, generoso, interesado, embaucador, misterioso, impulsivo y, al mismo tiempo, racionalista y pragmático, es el personaje absoluto de la novela, que es la historia de su transformación de muchacho de campo autodidacta a urbanita liberal hecho a sí mismo; encarnación, con bajada a los infiernos incluida, del mito estadounidense por antonomasia. William Dunlap, en su *Life of Charles Brockden Brown* (1815), escribió que Brown fue de los primeros escritores en «entender la necesidad de establecer una literatura para su propio país», que explicara las nuevas «costumbres y [la] economía política» de los Estados Unidos de América. Ciertamente, la novela, por los temas que trata, puede leerse como el origen de Estados Unidos, entendidos estos como nación y como mito.

Las peripecias del joven Mervyn vertebran la historia, narrada a trazos, entre relatos y encuentros de muy diverso tipo. No obstante, todas las aventuras que vive conectan en el protagonista diversas subtramas en las que se tratan temas como las revoluciones, la disputa por el control del Atlántico entre Inglaterra y Estados Unidos, el comercio de esclavos y el surgimiento de las grandes ciudades americanas, impulsadas por la corrupción mercantil, la pujante clase liberal y la inmigración. Así es, el trasfondo de la novela es la revolución francesa (1789-1798), la revolución haitiana (1791-1804),

los preliminares de la rebelión irlandesa (1796-1798) y la epidemia de peste amarilla que asoló Filadelfia en 1793 y que se describe con preciso realismo, desde su origen en Water Street a mediados de agosto hasta su culmen en octubre, cuando los muertos se contaban por centenares al día. El periodista Mathey Carey, que también cubrió la epidemia, escribió que *Arthur Mervyn* «ofrece un retrato vívido y terrible, no especialmente exagerado, de los horrores de aquella época». Por su tratamiento de la peste, la novela influyó directamente en la novela apocalíptica de Mary Shelley, *El último hombre*.

En este marco de revoluciones, inestabilidad y corrupción física y espiritual, los personajes más infames de la novela actúan movidos por impulsos egoístas y codiciosos. Son varios los que se han enriquecido y empobrecido con tretas, fraudes y engaños de naturaleza comercial. El tema de la prostitución, entendida como otro comercio corrupto más, como reflejo femenino de las vilezas comerciales de los hombres, está también muy presente en la novela y se trata directamente, sin tabúes ni censuras. Por otro lado, los personajes buenos no hacen el bien empujados por su moral religiosa, sino por sus convicciones cívicas.

Algunos críticos han definido la novela como el origen del gótico urbano, ya que es en la ciudad donde se originan todos los males derivados de la corrupción de la clase mercantil, cuya base era el comercio de esclavos y el fraude; también encontramos una crítica social y abolicionista evidente, a la manera de las posteriores obras naturalistas del siglo XIX, de las que la novela de Brown es predecesora. Como afirman los editores Philip Barnard y Stephen Shapiro, Brown llega a sugerir en varias ocasiones que la mejor manera de descifrar su jeroglífico urbano y entender la naturaleza de la sociedad que se describe en su novela es siguiendo el rastro del dinero. Y en el caso de *Arthur Mervyn*, el dinero, cuyo origen se encuentra en el comercio de esclavos, nos llevará por las clases mercantiles de Filadelfia, el mundo de los seguros y las finanzas, la clase campesina, las profesiones liberales y hasta las tabernas y los prostíbulos.

Por último, el lector perspicaz encontrará que *Arthur Mervyn* es una lectura muy de actualidad, no solo por la moderna voz narrativa o los temas que trata, sino por las circunstancias en las que se desarrolla. Es fácil que el lector de hoy, que acaba de vivir una pan-

demia, se sienta identificado con el miedo al contagio de los protagonistas y su aversión a que los trasladen a los hospitales, atestados, convertidos en antecámaras de la morgue; con las descripciones de casas cerradas a cal y canto y de calles vacías, solo transitadas por carros llenos de muertos; y con la ruina económica que trae consigo la peste, que saca tanto lo peor como lo mejor de los ciudadanos.

Para la traducción, hemos seguido principalmente tres ediciones, la más reciente de Philip Barnard y Stephen Shapiro para Hackett (2008), de corte más académico, y, para cotejar el texto, la de Lovell y Gestefeld (Nueva York, 1889) y la de H. Maxwell (Filadelfia, 1799).

MIGUEL CISNEROS PERALES

Arthur Mervyn

(o Memorias del año 1793)

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Prefacio

Los estragos de la peste que ha asolado esta ciudad probablemente acaben siendo parte de su historia. Los planes de reformas y mejoras consecuentes, o, si la sabiduría humana es incapaz de evitar que tal calamidad reaparezca periódicamente, los cambios que provocarán en las costumbres y en la población, dejarán, como mínimo, huella en la memoria. Ya han estimulado nuevas y abundantes reflexiones en los campos de la medicina y la economía política. No han sido menos fértiles para la instrucción del moralista, a quien han presentado nuevas manifestaciones de la influencia de las motivaciones y pasiones humanas.

Entre los debates médicos y políticos que se están dando en la comunidad en torno a este tema, el autor de estas palabras se ha aventurado a sistematizar sus propias reflexiones y urdir en este modesto relato algunos sucesos que le parecieron muy instructivos y notables entre todos aquellos de los que él mismo fue testigo. Es el deber de todo el mundo aprovechar todas las oportunidades que se nos ofrecen para inculcar en la sociedad las nociones de justicia y humanidad. Los vaivenes entre la esperanza y el miedo que sufrió esta ciudad en el otoño de 1793 y las arremetidas a su fortaleza y resistencia han sido, quizá, los más exigentes de la historia. Por tanto, es justo rescatar algunos de estos casos del olvido y ofrecer a la posteridad un esbozo breve pero fiel de las circunstancias que vivió la metrópolis durante ese funesto periodo. Los hombres solo necesitan conocer el sufrimiento para que su compasión y caridad despierten. Aquel que represente, con todo detalle, los males de la enfermedad y la pobreza estará haciendo un servicio excelso a los que los sufren, al invocar la benevolencia de quienes tienen los me-

dios para ofrecer alivio; y aquel que describa ejemplos de actos desinteresados e intrépidos les otorga en virtud la debida notoriedad y reconocimiento y despierta en el público provechosos ánimos de emularlos.

En el siguiente relato se narra una serie particular de aventuras hasta su conclusión, pero están necesariamente conectadas con los acontecimientos que ocurrieron justo después del periodo aquí descrito. Estos hechos no son menos memorables que aquellos que trata este libro y es posible que se publiquen más adelante, ya sean por separado o en un único volumen.

CHARLES BROCKDEN BROWN

VOLUMEN PRIMERO

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL
MATERIAL PROMOCIONAL
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Capítulo I

Residí en esta ciudad durante el año 1793. Muchos fueron los motivos que me obligaron a quedarme aquí, pese a que marcharme habría sido sencillo y conveniente y pese a que mis amigos me apremiaron en muchas ocasiones para que me fuera. No es mi propósito enumerar esos motivos o adentrarme en mis preocupaciones y asuntos presentes, sino tan solo componer el relato de algunos hechos que, debido a mi situación, pude conocer.

Una noche, de regreso a casa más tarde de lo normal, llamó mi atención, conforme entraba al pórtico, la figura de un hombre que se apoyaba contra la pared, a unos pocos pasos de distancia. Apenas una lámpara lejana iluminaba mi mirada, pero la postura en la que aquel hombre estaba sentado, la hora, el lugar, todo me indicó al instante que su enfermedad era de naturaleza infecciosa. Esto no me impidió acercarme y examinarlo con más detalle.

Tenía la cabeza apoyada contra la pared, los ojos cerrados, las manos agarradas y parecía que si su cuerpo permanecía erguido no era más que gracias a la puerta del almacén en la que se apoyaba con el hombro izquierdo. El letargo en el que se encontraba hundiéndose apenas pareció perturbado cuando le toqué la mano y la frente. Sus sienes palpitantes y piel ardiente indicaban fiebre y, por su complexión, ya macilenta, era probable que llevara mucho tiempo así.

Solo hubo una circunstancia que me impidió decidir de inmediato cómo debía tratarse a esta persona. Mi familia la conformaban mi mujer y un niño. La enfermedad imperante se había apoderado de nuestra criada días antes y, siguiendo su voluntad, la habíamos enviado al hospital. Nosotros estábamos sanos y teníamos la esperanza de escapar con vida. Para conseguir este objetivo habíamos tomado medidas y las habíamos seguido cuidadosamente. No consistían en evitar a los receptáculos de la infección, puesto que mi trabajo me obligaba a estar a diario rodeado de ellos, ni tampoco en llenar la casa con vapores de pólvora, vinagre o brea. Consistían en

higiene, ejercicio moderado y dieta saludable. Asimismo, la rutina había disipado nuestros temores. Lo primero que se me ocurrió fue acoger a esta persona en mi casa y prestarle la atención que necesitaba. Sin embargo, antes debía escuchar el consejo de mi mujer.

Le mencioné el incidente. Le expliqué el peligro que suponía acoger a aquel paciente. Le pedí que decidiera con prudencia y le dije que acataría por completo lo que ella resolviera. Le dije que no olvidara que, si nos negábamos a acogerlo, no obstante, podíamos llevarlo al hospital, en caso de que él estuviera de acuerdo, donde sería tratado del mejor modo posible dadas las circunstancias de aquel tiempo.

—No —me dijo mi mujer—, ni hablar de hospitales. Al menos que sea él quien decida. No temo por mí ni por mi suerte en un caso donde las exigencias del deber son tan evidentes. Acojamos a ese pobre y desafortunado enfermo, démosle protección y cuidado y dejemos las consecuencias en manos del Cielo.

Esperaba una propuesta como aquella y me alegré de oírla. Volví a por el enfermo y, después de despertarlo de su sopor, comprobé que seguía estando cuerdo. Con una candela pude verlo mejor.

Su ropa era humilde y algo tosca y estaba descuidada. Su aspecto era sencillo y cándido y su rostro demacrado mostraba aún que había sido un hombre extraordinariamente hermoso. No parecía más que un muchacho que aún no había sido corrompido por el ocio y que no estaba habituado a la desgracia. Hasta entonces yo no había conocido nada ni a nadie que hubiera despertado en mí un sentimiento de amparo y afecto con tanta fuerza y urgencia.

—Estás enfermo —le dije, de la manera más alegre que pude—. Los fríos ladrillos y el viento nocturno son malos compañeros para alguien en tu estado. Levántate, te lo ruego, y ven conmigo a casa. Te ofreceremos un lugar algo más cómodo.

Tras mis palabras, fijó su mirada lánguida en mí.

—¿Qué quieres de mí? —dijo—. Estoy muy bien donde estoy. Mientras respire, lo que no durará mucho, aquí respiraré con más libertad que en cualquier otro sitio. Déjame en paz, estoy muy bien así.

—No —dije—. Este lugar no es adecuado para un enfermo. Solo te pido que vengas a mi casa y aceptes toda la amabilidad que podamos ofrecerte. Ármate de valor y yo me encargaré de tu recuperación, siempre que sigas mis indicaciones y hagas lo que te digamos.

Levántate y ven conmigo. Te buscaremos un médico y una enfermera y todo lo que te pediremos a cambio es que mantengas el ánimo y nos obedezcas.

—¿Es que no sabes —me contestó— cuál es mi enfermedad? ¿Por qué ponerte en peligro por alguien a quien tu amabilidad no puede ayudar y que no tiene nada que darte a cambio?

Algo en la manera en que dijo estas palabras reforzó mi buena opinión hacia aquel hombre y me hizo insistir en mi propósito con más afán.

—Veamos qué podemos hacer por ti —le contesté—. Si te salvamos la vida, te habremos ayudado en algo y, como recompensa, esperamos lo mismo.

Fue considerablemente difícil convencerlo de que aceptara nuestra invitación. Lo llevamos a una habitación y, como la gravedad de su caso requería atención adicional, pasé la noche junto a su cama.

Mi mujer se ocupaba del cuidado del recién nacido y de la familia. El niño, que era encantador, gozaba de una salud magnífica, pero su madre era frágil y delicada. Simplificamos todo lo posible las tareas del hogar, pero eran una carga considerable para alguien no acostumbrada, educada en la abundancia. Si a todo esto se le sumaba el cuidado de un hombre enfermo, era normal que se sintiera mucho más agotada. Mis compromisos no me permitían estar siempre en casa y ella fue quien, en circunstancias muy adversas y desagradables, tuvo que atender a mi paciente y, dado su estado, aplicarle los remedios que necesitaba. Mi patrimonio no me permitía contratar más ayuda. Y mi mujer, extenuada física y mentalmente por aquellas tareas constantes, atendidas con suma escrupulosidad, fue su única y principal enfermera.

Mis vecinos persistían en su recelo bienintencionado y protestaban contra mi conducta imprudente y temeraria. Decían que actuaba con crueldad y arrogancia exponiendo a mi mujer y a mi hijo, además de a mí mismo, a un peligro tan próximo, por el bien de alguien que probablemente no lo mereciera y cuya enfermedad, ya fuera por negligencia o abandono, consideraban que ya era incurable.

No hice oídos sordos a estas críticas. Conocía todos los inconvenientes y peligros a los que me había expuesto espontáneamente. Nadie más que yo sabía lo que valía la mujer que tenía a mi lado ni

valoraba más su vida, su salud y su bienestar. No me había olvidado de la virulencia y velocidad de esta infección, ni de la peligrosa enfermedad de mi paciente ni de su dudosa reputación, pero, no obstante, estaba convencido de que mi proceder en este caso era el correcto. Todos los reparos expresados por mis amigos fueron desestimados por la buena voluntad, incluso solicitud, de mi mujer por asumir la responsabilidad. Estaba más convencido que los demás de que esta enfermedad podía vencerse y en el éxito de las medidas que habíamos tomado para defendernos de ella. E, independientemente de los males que nos asaltaran, estábamos seguros de algo: que los remordimientos por no haber ayudado a aquel desdichado habrían sido fuente de mayor infelicidad que la que pudieran originar los cuidados y atenciones que requería.

De hecho, cuanto más lo conocíamos más nos alegrábamos de haber actuado así. Sus tormentos eran violentos y tediosos, pero, incluso en los momentos en los que deliraba, su corazón parecía emanar gratitud y no estar movido por ningún otro deseo que aliviar nuestra carga y nuestras preocupaciones. Se desvivía por encargarse de algunas tareas por sí mismo. Suprimía sus sentimientos y se esforzaba por sonreír y sonar alegre para evitar que nos preocupáramos al verlo sufrir. Se pasaba el día buscando razones para que su enfermera lo dejara solo y se mostraba descontento cada vez que ella entraba en su habitación.

A los pocos días, hubo motivos para pensar que ya estaba fuera de peligro y a las dos semanas solo le faltaba comer y hacer ejercicio para estar recuperado por completo. Hasta entonces apenas obtuvimos de él más que información general: que era del condado de Chester y que por un compromiso ineludible se vio obligado a ponerse en peligro yendo a la ciudad en el peor momento de la epidemia.

No era nada hablador. Su silencio parecía deberse a una mezcla de modestia y malos recuerdos. Su semblante y su conducta estaban teñidos de una seriedad sombría impropia para su edad. Según él, no tenía más de dieciocho años, pero la hondura de sus comentarios indicaba una edad mucho mayor. Se llamaba Arthur Mervyn. Según se describía a sí mismo, había pasado toda su vida entre el arado y la trilla, sin formación escolar y desposeído del cariño de sus padres y parientes.